



# San Pedro de Siresa y Alfonso el Batallador

Javier Martínez de Aguirre (*Universidad Complutense de Madrid*),  
Esther Lozano López (*Universidad Rovira i Virgili*) y  
Diana Lucía Gómez-Chacón (*Universidad Complutense de Madrid*)



**L**a iglesia de San Pedro de Siresa, en el alto Valle de Hecho (Huesca), por sus dimensiones y peculiaridades arquitectónicas ha despertado el interés de los estudiosos (fig. 1). Relacionada por unos con la perduración de soluciones carolingias, por otros con la expansión de las formas lombardas o con el foco comarcal de Serrablo, o bien con la renovación constructiva del Románico Pleno auspiciada por Sancho Ramírez, varias de sus soluciones arquitectónicas resultan atípicas en el panorama hispano altomedieval. La robusta fábrica, parcialmente reconstruida en el siglo XIII, ha sido objeto de restauraciones a lo largo del siglo XX que han causado polémica en medios académicos y prensa regional.

Nos proponemos en este artículo examinar sus elementos con el fin de contextualizarlos en el marco del arte románico del Norte peninsular<sup>1</sup>. Una revisión paralela de las fuentes documentales permitirá plantear hipótesis acerca de su significación histórico-artística y su promotor. Con este fin, hemos organizado el texto en cuatro apartados: estado de la cuestión, intervenciones restauradoras, documentación y análisis de la materialidad del edificio.

### **ESTADO DE LA CUESTIÓN**

Desde los primeros textos, la historiografía ha recalcado los vínculos directos entre el monasterio y la monarquía aragonesa, pero no hay acuerdo sobre el alcance de esta relación ni sobre la identidad del promotor. Tampoco hay consenso acerca de la cronología, etapas constructivas, filiación arquitectónica, forma y función del cuerpo occidental, solución original de la bóveda del crucero y presencia de la cripta<sup>2</sup>. El descubrimiento de los restos del edificio previo en las excavaciones de 1991 ha abierto un nuevo frente a la polémica.



Fig. 1. San Pedro de Siresa

En cierta medida la confusión y la dificultad de análisis derivan de las reformas de los siglos XIII y XVI, y de las restauraciones a las que se ha visto sometida la fábrica<sup>3</sup>. La parquedad de las fuentes y el estudio parcial de determinados elementos arquitectónicos han motivado interpretaciones contrapuestas. Las opiniones se dividen a la hora de ubicar la iglesia en el contexto de la Europa altomedieval. Quienes han otorgado importancia a la documentación más antigua y a ciertas particularidades constructivas han abogado por considerarla prerrománica, vinculada al entorno carolingio. Entre los partidarios de su filiación románica, hay quienes la sitúan en el reinado de Ramiro I, primer rey de Aragón (1035-1064), quienes piensan que su construcción responde a su condición de capilla real en tiempos de Sancho Ramírez (1064-1094) y quienes al recordar que Alfonso I fue criado (*nutritus*) aquí, postulan su terminación en tiempos de este monarca (1104-1134).

A lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII, Gerónimo Blancas, Juan Bautista Labaña, Domingo Larripa, José Pellicer o Lamberto de Zaragoza escribieron breves menciones sobre el edificio, que proponían tanto su fundación en tiempos visigodos como su esplendor en el siglo IX<sup>4</sup>. A principios del XIX, Ramón de Huesca informa de las medidas del templo y, apoyado en la documentación, rebate el origen visigodo. Supone que la iglesia actual fue construida en época de Ramiro

I y Sancho Ramírez, y destaca la secularización y el comienzo de su decadencia a partir de 1063<sup>5</sup>.

En dos artículos publicados en 1914 y 1919, Ricardo del Arco aporta un muy significativo cúmulo de noticias de archivo que le llevan a afirmar la edificación del templo en el siglo XI. En 1914 escribía con rotundidad en una revista local: “fue levantada en tiempo del rey D. Ramiro I, como claramente lo revela su arquitectura, propia de mediados del siglo XI”; en cambio, en 1919, al redactar un artículo para una revista de alcance nacional, se desdice: “Yo descarto al rey Ramiro I, y me inclino a Sancho Ramírez, hacia el 1082, porque la arquitectura de la fábrica no se opone a esta época de su reinado, según los datos expuestos”; y más adelante: “créola obra del rey Sancho Ramírez, hacia el tiempo de su privilegio de dotación (año 1082); contando siempre con las reservas que impone la dificultad de establecer un método de estudio, una clasificación y una cronología cierta en los templos del siglo XI”<sup>6</sup>. En su pionero análisis arquitectónico, contrastado con bibliografía básica francesa y española, incluido Puig i Cadafalch, distingue tres etapas (cabecera, nave y pórtico) y enmarca la cabecera en el Románico lombardo. Poco después Walter Muir Whitehill acerca Siresa al grupo de iglesias de Serrablo (que para él derivaban en lo esencial del arte románico catalán)<sup>7</sup>. La hipótesis sería recogida por José Gudiol y Juan Antonio Gaya Nuño.

Entre los años 50 y 70 las interpretaciones se multiplican. Cabe destacar la propuesta poco concreta de Kenneth John Conant de establecer afinidades languedocianas y las breves pero atinadas páginas que le dedica René Crozet<sup>8</sup>. El riguroso historiador francés recalca que la “sobriedad total y deseada es el rasgo dominante” y lo relaciona con el “medio agustino instalado en Siresa a partir de 1082”. Discute la influencia del primer arte románico meridional y se cuestiona la función del cuerpo occidental. Ángel Canellas y Ángel San Vicente retoman la sucesión de fases planteada por Del Arco, pero consideran que el corredor de entrada que soporta la tribuna pertenece a una obra prerrománica de tipo poscarolingio, que se fundiría con el nuevo edificio de comienzos del siglo XII. Entonces modificaron la “anteiglesia”, incorporaron el tímpano con crismón y, en una segunda y principal etapa de construcción, implantaron una cabecera sobre cripta y la conectaron con la parte occidental<sup>9</sup>.

Llegada la década de los 80, etapa de la publicación revisada y ampliada del cartulario de Siresa por Antonio Ubieto Arteta, Antonio Durán Gudiol dedica una monografía al monumento, en la que también estudia las iglesias de Serrablo (a las que considera de carácter mozárabe, tal y como había publicado en 1973). Enfatiza el esplendor de mediados del siglo IX y propone para el edificio actual, que en su opinión habría estado dotado inicialmente de tres naves, un origen carolingio (833-840), al tiempo que relaciona las peculiaridades del alzado (tribuna y supuesto cimborrio) con obras coetáneas europeas. La revisión documental le convence de que durante la sumisión al poder laico (del 921 al 1145) la iglesia no

